

NEW LEFT REVIEW 126

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2021

ARTÍCULOS

MIKE DAVIS	Guerra de trincheras	7
DYLAN RILEY	Líneas de fractura	39
JEREMY ADELMAN	¿El fin del paisaje?	57
MICHAEL MAAR	Por sus epítetos los conoceréis	75
TOR KREVER	En el zarzal	83
DAVID HARVEY	Valor en movimiento	105

CRÍTICA

SUSAN WATKINS	La derecha fracturada	126
TOM MERTES	¿El pueblo elige?	134
AGNÈS MAILLOT	Cuestiones irlandesas	143

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

DYLAN RILEY

LÍNEAS DE FRACTURA

Lógicas políticas del sistema de partidos en Estados Unidos

PARA INTERPRETAR LOS resultados de las elecciones de 2020 puede ser útil señalar los cuatro elementos fundamentales de la política estadounidense en el periodo contemporáneo. El primero y más importante es que los dos partidos políticos, el Partido Demócrata y el Partido Republicano, están constituidos por coaliciones de grupos que «persiguen la obtención de rentas», tanto en la cúspide –grandes donantes, representantes elegidos para los niveles superiores y funcionarios de los partidos– como, en cierta medida, entre las masas. El estancamiento secular de las tasas de crecimiento ha convertido en gran medida la lucha entre los partidos en Estados Unidos en un conflicto redistributivo de suma cero, lo cual explica la extrema intensidad que ella alcanza. Esta condición estructural determina otra característica de la política estadounidense: la personalización o la inflexión carismática del liderazgo político, la cual se intensifica todavía más por mor del sistema presidencial estadounidense. Si bien esta caracterización puede remontarse a Reagan o JFK, en realidad se institucionalizó con la Casa Blanca de Obama y ha sido acentuada durante el mandato de Trump.

El tercer componente, que existe en contradictoria síntesis con el segundo, es el contraste de las lógicas políticas –ideologías programáticas encaminadas a movilizar todo un abanico de fracciones de clase y de grupos de interés– que no pueden reducirse a los dos partidos, aunque se solapen con ellos. Podemos denominarlas neoliberalismo multicultural, por un lado, y neomercantilismo macho-nacional, por otro. El cuarto componente, que está estrechamente relacionado con el anterior,

es el contraste existente entre dos lógicas geopolíticas rivales: el liberalismo globalizado frente a «*América first*». Dicho esto, lo que sigue es un intento de proporcionar una valoración inicial de las profundas fracturas o fallas que estructuran la política estadounidense.

Históricamente, la política de partidos en Estados Unidos descansaba en las pretensiones hegemónicas en competencia. Las coaliciones de la clase dominante construían una base de masas argumentando que sus intereses particulares podían satisfacer las necesidades materiales de una parte al menos de los productores directos. De esta forma, entre 1865 y la década de 1920, el Partido Republicano sirvió a los intereses de la industria pesada, que constituía la base del empleo de masas y del crecimiento de los salarios para la clase trabajadora del nordeste del país. Desde la década de 1930 hasta 1980, el Partido Demócrata pudo desempeñar ese papel basándose en una coalición de industrias intensivas en capital, que podían hacer concesiones, limitadas pero reales, a la clase trabajadora militante de ese periodo¹. Estos modelos funcionaron durante largos ciclos históricos en los que la lógica política de uno u otro partido podía establecer la agenda nacional, aunque pudieran alternarse en la Casa Blanca, pero con el comienzo de la larga recesión, registrada alrededor de 1980, se produjo una profunda mutación en la base material de la política de partidos estadounidense. El poder político empezó a desempeñar un papel cada vez más directo en asegurar las tasas de rentabilidad del capital en vez de preocuparse por la inversión y la acumulación². Adaptando el concepto de Weber de «capitalismo imperialista» romano, quizá esto podría denominarse «capitalismo político»: una forma de actividad orientada hacia el beneficio en la que la rentabilidad es en gran medida el resultado de la utilización directa del poder político³.

En las siguientes décadas, la política estadounidense continuó desarrollándose en el terreno consolidado del neoliberalismo a través de la deslocalización de la actividad industrial, la generación de sucesivas

¹ Thomas Ferguson, «From Normalcy to New Deal: Industrial Structure, Party Competition and American Public Policy in the Great Depression», *International Organization*, vol. 38, núm. 1, 1984, p. 46.

² Mi análisis está en deuda con las recientes teorizaciones de Robert Brenner sobre la economía política del periodo actual y la nueva forma de política que va asociada con ella. Véase su «Introducing Catalyst», *Catalyst*, vol. 1, núm. 1, 2017, y «Saqueo pantagruélico», *NLR 123*, julio-agosto de 2020.

³ Max Weber, *Economy and Society*, Berkeley (CA), 1978, p. 917; ed. cast.: *Economía y sociedad*, Ciudad de México, 2014.

burbujas financieras y las recuperaciones económicas sin creación de empleo de las décadas de 1990 y comienzos de la siguiente: el corolario de todo ello era que la coordinación mediante el mercado llevaría automáticamente a la asignación deseable de la inversión y con ello al crecimiento económico. El neoliberalismo así entendido entró en una profunda crisis en 2008. En los rescates que se produjeron, el papel decisivo desempeñado por el Estado en la transferencia de excedentes resultó evidente. Se había abierto un abismo entre la rentabilidad y la inversión: aunque a partir de 2010 los beneficios escenificaron una recuperación, las tasas de acumulación permanecieron bajas, como ha señalado David Kotz⁴. Andrew Smithers efectúa un análisis similar mostrando que la inversión material fija, comprendida como porcentaje del flujo de caja operativo, ha descendido en veinte puntos porcentuales desde 2000, mientras que –en una perfecta inversión de este colapso– los recursos de tesorería distribuidos entre los accionistas mediante pagos de dividendos o compras de acciones propias se han disparado del 25 al 45 por 100 del flujo de caja operativo⁵.

Para entender cómo afectó al sistema político estadounidense esta transformación económica –ralentización del crecimiento, transferencia más voraz de la riqueza hacia los estratos sociales superiores– merece la pena fijarse en las coaliciones de clase que movilizaron ambos partidos, tanto a escala de los grandes donantes de la elite, como de las masas de votantes. En su nivel superior, ambos partidos están comprometidos con el sector de las finanzas, los seguros y el capital inmobiliario. Por debajo de este estrato, las dos coaliciones son diferentes. El Partido Republicano goza del apoyo sólido de la industria «sucua», las industrias extractivas, el gran comercio minorista, las empresas de servicios alimentarios y las empresas familiares de gran tamaño. El Partido Demócrata cuenta con un fuerte apoyo entre los gigantes tecnológicos de Silicon Valley, los sectores de la educación, la información, las artes, el sector del ocio y los profesionales de elite: intelectuales de las universidades y medios de comunicación, abogados, ingenieros y otros defensores de la utilización de la ciencia para guiar la política pública⁶. Entre las clases dominantes,

⁴ David Kotz, «¿El fin de la era neoliberal? Crisis y reestructuración en el capitalismo estadounidense», *NLR* 113, noviembre-diciembre de 2018.

⁵ Andrew Smithers, «Investment, Productivity and the Bonus Culture», *American Affairs*, vol. 4, núm. 2, verano de 2020, p. 19.

⁶ Para un valioso análisis de las alianzas políticas de las diferentes facciones del capital, basado en los participantes en la Democracy Alliance y en los seminarios de los hermanos Koch, véase Alexander Hertel-Fernandez, Theda Skocpol y Jason

es probable que el Partido Demócrata tenga un apoyo mucho más amplio que el Partido Republicano. Al parecer, Biden obtuvo más fondos para su campaña que Trump en prácticamente todos los sectores industriales importantes con la única excepción de las industrias con intereses en el petróleo y el gas natural⁷.

Los segmentos de las elites de estas coaliciones de partido exigen formas diferentes de redistribución. Desde luego, el sector financiero se ha beneficiado enormemente con las políticas monetarias impulsadas desde 2008 (y antes), como lo han hecho las grandes empresas del reducido precio del endeudamiento. Los grandes gigantes tecnológicos y del sector del ocio que apoyan al Partido Demócrata están interesados en la protección de los «derechos de la propiedad intelectual», mientras que las industrias extractivas que respaldan al Partido Republicano intentan tener acceso a las tierras públicas y que se las permita explotarlas a voluntad. De todos modos, solamente unos cuantos sectores muy concretos –tecnológico, vehículos eléctricos, *fracking*– están interesados en crear beneficios mediante la inversión en tecnologías de reducción de costes para aumentar la participación en el mercado global. Ninguna de estas coaliciones capitalistas de clase está proponiendo un proyecto de acumulación renovado.

Sin embargo, este giro hacia la búsqueda de rentas también es un fenómeno de masas que está enraizado en la estructura ocupacional estadounidense. Como se observa en el cuadro 1, casi el 40 por 100 de la población del país entra en la categoría de profesionales o realiza uno u otro tipo de trabajo de gestión. Menos de la cuarta parte trabaja en actividades manuales. Analizado por sector industrial o rama de la actividad económica (cuadro 2) el mayor sector de la economía en cuanto a empleo es el formado por la educación, la atención sanitaria y la asistencia social, que emplea a cerca de la cuarta parte de la fuerza de trabajo, mientras que quienes trabajan en la industria, la construcción y la agricultura representan menos de la quinta parte. Sorprendentemente, el sector financiero, asegurador e inmobiliario emplea por sí solo a casi diez millones de personas, lo cual supone más del 6 por 100 de la población económicamente activa.

Sclar, «When Political Mega-Donors Join Forces: How the Koch Network and the Democracy Alliance Influence Organized US Politics on the Right and Left», *Studies in American Political Development*, vol. 32, núm. 2, 2018.

⁷ Karl Evers-Hillstrom, «Donors, Big and Small, Propel Biden to Victory», *OpenSecrets*, 7 de noviembre de 2020.

CUADRO 1: CENSO DE CATEGORÍAS OCUPACIONALES COMBINADAS

Directivos y profesionales	57.945.862	38%
Servicios	27.272.863	18%
Ventas y trabajo de oficina	33.711.613	22%
Trabajo manual	33.809.546	22%
Población civil total empleada mayor de 16 años	152.739.884	100%

Fuentes: Social Explorer Tables: ACS 2018 (5-Year Estimates) (SE), ACS 2018 (5-Year Estimates), Social Explorer; US Census Bureau.

CUADRO 2: EMPLEO POR SECTOR

Industria, construcción y agricultura	28.219.275	18,5%
Comercio y transporte	29.250.283	19,1%
Finanzas, seguros, sector inmobiliario, alquiler y <i>leasing</i>	10.015.304	6,6%
Dirección y gestión	17.455.119	11,4%
Educación, asistencia sanitaria, asistencia social	35.293.449	23,1%
Arte, ocio y entretenimiento, alojamiento y servicios de alimentación	14.800.927	9,7%
Otros servicios	10.625.620	7,0%
Administración pública	7.079.907	4,6%
Población civil total empleada mayor de 16 años	152.739.884	100%

Fuentes: Social Explorer Tables: ACS 2018 (5-Year Estimates) (SE), ACS 2018 (5-Year Estimates), Social Explorer; US Census Bureau.

En otras palabras, una gran parte de la población estadounidense, no solo la elite, depende de varias clases de transferencias monetarias: seguros médicos, tasas académicas, impuestos, rentas, etcétera. Sin embargo, al igual de lo que sucede entre las elites, las bases de masas de las coaliciones de ambos partidos se diferencian claramente en las formas específicas de redistribución que exigen. El fenómeno se percibe con mayor claridad en la pauta de polarización educativa. En lo que supone una inversión histórica, que tiene analogías en otros países, el Partido Republicano es actualmente el partido de aquellos que carecen de estudios superiores, mientras que el Partido Demócrata tiene una enorme ventaja entre los que tienen titulaciones universitarias. El

cuadro 3 muestra los porcentajes de voto de ambos partidos procedentes de «votantes blancos sin titulación universitaria» en las cinco últimas elecciones. Desde luego, la disminución del apoyo a los Demócratas por parte de votantes blancos sin titulación universitaria es una tendencia que viene de lejos remontándose a la década de 1960; se invirtió brevemente en la de 1990, cuando el Partido Demócrata prácticamente igualó a su rival en este grupo, pero desde 2004 ha perdido entre dieciocho y treinta y nueve puntos entre los blancos no universitarios⁸.

CUADRO 3: VOTO DE LOS VOTANTES BLANCOS CARENTES DE TITULACIÓN UNIVERSITARIA (%)

	2004	2008	2012	2016	2020
Partido Demócrata	38	61	40	58	36
Partido Republicano	61	28	67	35	64

Fuente: Jon Huang *et al.*, «Election 2016 Exit Polls», *The New York Times*, 8 de noviembre de 2016. For 2020, «National Exit Polls: How Different Groups Voted», sitio web de *The New York Times*.

Por el contrario, la fuerza del Partido Republicano entre los que carecen de titulación universitaria es elevada y está consolidada, lo cual no significa que este apoyo proceda exclusivamente de la clase trabajadora, ya que gran parte del mismo proviene de estratos pequeño burgueses tradicionales, que incluyen a «gestores, propietarios de pequeñas empresas y trabajadores de cuello blanco de nivel medio». El Partido Demócrata, en cambio, disfruta de un llamativo apoyo entre los que tienen un título de posgrado (cuadro 4) y ha obtenido la victoria en este grupo por una diferencia de entre once y veintiún puntos en todas las elecciones de este siglo sobre las que hay datos⁹.

⁸ Nicholas Carnes y Noam Lupu, «The White Working Class and the 2016 Election», *Perspectives on Politics*, 2020. Véase también Alan Abramowitz y Ruy Teixeira, «The Decline of the White Working Class and the Rise of a Mass Upper-Middle Class», *Political Science Quarterly*, vol. 124, núm. 3, 2009.

⁹ A. Abramowitz y R. Teixeira, «The Decline of the White Working Class», *cit.*, p. 419. Julius Krein disecciona la incapacidad del Partido Republicano para atraer a los profesionales en «The Real Class War», *American Affairs*, vol. 3, núm. 4, invierno de 2019.

Esta polarización en función de los niveles educativos es una de las fracturas más claras de un sistema político definido por la redistribución. En gran parte de la bibliografía de las ciencias políticas, el grado universitario se considera un indicador de clase social. Una lectura más pertinente señalaría que aquellos con un grado universitario reclaman lo que podrían denominarse rentas de la educación, algo que no pueden hacer los que no lo tienen. De ese modo, los que poseen una educación universitaria tienen un interés por las políticas que recompensan el conocimiento especializado, que a menudo conlleva gasto público de uno u otro tipo. Los que carecen de esa formación probablemente desconfíen de la especialización y de los fondos públicos que la recompensan, lo cual implica que el conflicto entre «poseedores de titulación universitaria» y los que carecen de ella redunde, entre otras cosas, en un conflicto distributivo.

CUADRO 4: VOTO DE LOS POSGRADUADOS (%)

	2004	2008	2012	2016	2020
Partido Demócrata	55	58	55	58	-
Partido Republicano	44	40	42	37	-

Fuente: Jon Huang *et al.*, «Election 2016 Exit Polls», *The New York Times*, 8 de noviembre de 2016. Sobre 2020, «National Exit Polls: How Different Groups Voted», sitio web de *The New York Times*.

Los tipos de redistribución que atraen a la base de masas del Partido Republicano se diferencian de las que demanda el Partido Demócrata. El primero se orienta hacia formas de generosidad del Estado como los subsidios agrícolas, las ayudas a las pequeñas empresas y los aranceles proteccionistas. En lugar de sistemas de acreditación mediante la titulación de uno u otro tipo, la base republicana demanda otras formas de cierre social basadas en la raza, la nacionalidad y el estatus de ciudadanía y, en consecuencia, exige restricciones sobre la inmigración y la defensa general de las fronteras y la ciudadanía, es decir, medidas que limitan exclusivamente la redistribución a la población nativa. En resumen, ambos partidos son coaliciones redistributivas comprometidas en una lucha de suma cero, que utilizan mecanismos políticos para transferir ingresos a sus electores tanto a escala de la elite como de las masas. En las actuales condiciones de desaceleración del crecimiento económico, la política estadounidense se ha quedado congelada en un modelo muy

polarizado, que presenta pocas posibilidades en el marco del actual sistema electoral de que cualquiera de las dos partes realice una ruptura definitiva de ese equilibrio de fuerzas.

Carismáticos posmodernos

En el seno de la cultura audiovisual de masas estadounidense, el ascenso de la política redistributiva ha ido acompañado en los últimos cuatro ciclos electorales por la aparición de relaciones carismáticas entre la elite y los electores en las que la admiración visceral o la aversión personal por personajes famosos convertidos en candidatos han sobredeterminado la lucha política. Para ambos partidos, esta personalización extrema de la política es la otra cara de la falta de cualquier programa que reconfigure la economía para volver a poner en marcha el crecimiento. Sin embargo, estos carismas en pugna difieren en su contenido. Obama estaba vinculado a un estilo meritocrático muy acreditado. En comparación con Clinton, él y su familia observaron meticulosamente las normas de un presidente estadounidense. Sin embargo, su atractivo –como él acentuaba constantemente– se debía más a una característica personal que a la orientación política. Con Obama se suponía que Estados Unidos había superado su histórico antagonismo racial y todo el país podía congratularse contemplando su éxito. Sin embargo, a pesar de la magnitud de la crisis de 2008, no hubo ningún programa general de reformas –*New Deal*, *Fair Deal*, *Great Society*– que estimulara su presidencia; los rescates bancarios y la expansión de la Guerra contra el Terror prosiguieron furtivamente. La única política importante asociada con Obama, la *Affordable Care Act*, fue una pieza reciclada de la legislación republicana que desarrolló inicialmente Mitt Romney, su oponente electoral en 2012.

La pretensión carismática de Trump era algo diametralmente opuesto. Su estilo «patrimonial» de gobierno apelaba directamente a una base opuesta a la construida en función de credenciales¹⁰. Trump funcionaba principalmente mediante órdenes verbales informales y consideraba a su personal como un grupo de compañeros de mesa en vez de como un conjunto de funcionarios definidos institucionalmente. Esto produjo un inmediato rechazo por parte de los funcionarios del servicio civil contra los que Trump libró una incesante guerra evidenciada en su intento de suprimir las protecciones de la Administración pública

¹⁰ Véase D. Riley, «¿Qué es Trump?», *NLR* 114, enero-febrero de 2019.

para miles de empleados federales, que constituía la culminación de un proyecto de purga de las «malas gentes», que son parte del «Estado profundo»¹¹. Sería un error ver principalmente esta hostilidad en términos de un deseo libertarista por reducir las atribuciones del gobierno federal; aunque fuera compatible con ese objetivo, surge sobre todo de la aversión de Trump a la impersonalidad del *ethos* burocrático. No obstante, en los Estados Unidos del siglo XXI este estilo patrimonial carecía de una aureola tradicional de legitimidad, lo cual hizo que Trump se apoyara en una forma muy personal de carisma mediada por Twitter y, después, por sus mítines de campaña. La inestabilidad de este modo de gobierno se verificó mediante la constante turbulencia en torno al personal empleado y la falta de lealtad mostrada por antiguos empleados de la Casa Blanca.

A pesar de sus diferencias, ambos estilos de gobierno carismático actúan para presentar al líder como un tótem para el conjunto de la coalición redistributiva: Obama para aquellos con titulaciones universitarias, Trump para los que no las tienen¹². Para ambos partidos, la catexis ha venido a reemplazar a los compromisos programáticos como una manera de consolidar sus bases. Trump ha llevado esto a su extremo, pero surge como resultado de la situación general en la que funcionan los partidos en Estados Unidos. Igualmente, la campaña de Biden, impulsada no por políticas para afrontar la pandemia de la COVID-19 y la crisis económica, sino por su supuesta cualidad personal de «decencia», se ha apoyado sobre un cierto tipo de catexis inversa.

Lógicas políticas

Los dos partidos también se diferencian netamente en cuanto a su lógica política dominante. He sugerido que para el Partido Demócrata esto supone actualmente una síntesis de neoliberalismo y multiculturalismo, una síntesis que ignora ampliamente el daño económico causado al país durante los últimos veinte años. Los dos componentes de esta mezcla multicultural-neoliberal tienen diferentes orígenes. Como es sabido,

¹¹ Eric Lipton, «Trump Issues Order Giving Him More Leeway to Hire and Fire Federal Workers», *The New York Times*, 22 de octubre de 2020.

¹² El tótem, como dice Durkheim, «es el propio clan, pero hipostasiado y representado a la imaginación bajo la forma sensible de un vegetal o un animal», Émile Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, París, 1912, p. 295; ed. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, 1992.

el neoliberalismo fue desarrollado como un cuerpo de doctrina económica por los intelectuales de entreguerras de la Mont Pèlerin Society y fue naturalizado en Estados Unidos bajo la égida de Milton Friedman y sus colegas durante las décadas de 1960 y 1970. El multiculturalismo, como forma legalista de acción afirmativa cuyas raíces se hunden en los movimientos de derechos civiles y feminista, se desarrolló en el mismo momento. A medida que los elementos más anticapitalistas de estos movimientos quedaron marginados, afloró una concepción más individualista, el «paradigma de la antidiscriminación», que pretendía promocionar dentro del sistema existente a los miembros de clase media de esos grupos oprimidos¹³. Esto quedó institucionalizado con el ascenso de las burocracias de la «equidad, la diversidad y la inclusión» tanto en la esfera académica como en la empresarial. En esta última, los grupos de «profesionales de los departamentos de personal» lucharon por imponer un conjunto de prácticas adecuadas que trasladaron los argumentos antidiscriminación al lenguaje del mercado: las empresas «no serían competitivas si no eran capaces de utilizar el talento de todo tipo de trabajadores y trabajadoras»¹⁴. Ello señaló el comienzo de un estrecho vínculo de la burocracia de la diversidad con el neoliberalismo, un vínculo que continúa en la actualidad.

La idea central de esta lógica política es la «equidad», es decir, trasladar la diversidad demográfica de la población, en términos de raza y género, a los niveles superiores de la extremadamente desigual sociedad estadounidense. Como demuestran las alabanzas de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt a la «democracia multirracial», eliminar la inequidad –en el sentido de aumentar la diversidad– es completamente compatible con mantener y, de hecho, aumentar la desigualdad en términos económicos¹⁵. El multiculturalismo neoliberal ofrece una forma de capitalismo profundamente desigual, pero rigurosamente equitativa. La movilidad social puede ser baja en semejante sociedad, pero no por razones ilegítimas de raza o género. Un modelo de sociedad capitalista fundamentada

¹³ Para un análisis clásico de este proceso respecto a los afroamericanos, véase William Julius Wilson, *The Declining Significance of Race*, Chicago (IL), 2012. Susan Watkins analiza una transformación similar del feminismo en «¿Qué feminismo?», *NLR* 109, marzo-abril de 2018.

¹⁴ Frank Dobbin y Alexandra Kalev, «The Origins and Effects of Corporate Diversity Programs», *The Oxford Handbook of Diversity and Work*, Oxford, 2013.

¹⁵ Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, «End Minority Rule: Either we become a truly multiracial democracy or we cease to be a democracy at all», *The New York Times*, 23 de octubre de 2020.

en esta lógica lo ofrece California. Este enorme e inmensamente rico estado ha sido dirigido durante décadas por el ala liberal-progresista del Partido Demócrata. ¿Cuál ha sido el balance? California tiene un índice de desigualdad más elevado que el de México, presenta la tasa de pobreza más alta del país, una población que envejece, un mercado de la vivienda fuera del alcance de la mayoría de las clases media y trabajadora y unas escuelas públicas deficientes. Proporciona cada vez menos empleos para la clase trabajadora a medida que su estructura industrial pasa a concentrarse cada vez más en el resplandeciente eje tecnológico de Bay Area-Silicon Valley¹⁶. Este es, en líneas generales, el modelo que el neoliberalismo multicultural ofrece a Estados Unidos.

Por su parte, la lógica política dominante del actual Partido Republicano parte del reconocimiento del declive de las perspectivas de empleo y del deterioro de los servicios públicos, pero continua ofreciendo un duro análisis nacionalista y una respuesta neomercantilista. El primero fue enunciado por Jefferson Sessions en *National Review*: «Los últimos cuarenta años han sido un periodo de ininterrumpida inmigración a gran escala hacia Estados Unidos, que coincide con el incremento del desempleo, la caída de los salarios, el pésimo estado de las escuelas y un Estado del bienestar cada vez de mayores dimensiones». Solamente una drástica reducción de la inmigración legal e ilegal «permitiría que se produjera la asimilación y ayudaría a los millones de personas que están luchando aquí actualmente»¹⁷. A este núcleo antiinmigrante, el neomercantilismo macho-nacional añade la noción de «soberanía energética», que permitirá a la industria de los combustibles fósiles sentar los fundamentos para lanzar una nueva fase de crecimiento económico, combinada con aranceles proteccionistas.

Hay dos problemas que han acosado a este proyecto desde el principio. El primero, la afirmación de que la inmigración es la causa del declive económico estadounidense, no supera una elemental prueba comparativa. Aunque podría ser razonable establecer una correlación entre el largo declive económico y el régimen de inmigración posterior a 1965, la idea de que la inmigración fue un factor causal queda desmentida por la enorme primera ola de inmigración masiva, acaecida entre las décadas

¹⁶ Joel Kotkin, «Neo-Feudalism in California», *American Affairs*, vol. 4, núm. 2, verano de 2020.

¹⁷ Jefferson Sessions, «Amnesty Won't Work», *National Review*, 24 de marzo de 2014.

de 1880 y 1920, que coincidió con el ascenso de Estados Unidos como potencia industrial. El segundo es que el sector de la energía, como cualquier otro sector de la economía mundial, está plagado de graves problemas de exceso de oferta y sobrecapacidad. Hay pocas posibilidades de que un renovado impulso hacia la soberanía energética pudiera generar una nueva ronda de acumulación de capital. Aunque el gobierno de Trump acabó con numerosas regulaciones medioambientales, no consiguió desarrollar un modelo económico creíble que pudiera generar un crecimiento económico autosostenido y empleos decentemente pagados. Su balance económico, incluso antes del comienzo de la recesión provocada por la COVID-19, deja mucho que desear. Y lo que es más importante, estas dos lógicas políticas son proyectos de redistribución. El neomercantilismo macho-nacional busca apoyar el precio de la mano de obra mediante medidas contrarias a la migración y políticas arancelarias, mientras que el neoliberalismo multicultural promueve la equidad en la distribución de los empleos y los ingresos. De acuerdo con la naturaleza del capitalismo político, ninguno de los dos propone un proyecto de acumulación.

Sería un error adscribir estas lógicas de forma exacta a cada uno de los dos partidos. Por el contrario, ambos han combinado desigualmente elementos de las dos. Así, aunque el neomercantilismo macho-nacional se ha vuelto claramente la tendencia dominante del Partido Republicano con Trump, el partido también ha tenido, por lo menos hasta hace poco, un ala de centro-derecha multicultural-neoliberal. Después de todo, fue Nixon quien institucionalizó el paradigma antidiscriminación, al mismo tiempo que abandonaba Bretton Woods y el orden monetario de posguerra. La diversidad fue también una característica destacada de la administración de George W. Bush, con Powell y Rice ocupando destacadas posiciones en su gabinete, mientras hacía sostenidos esfuerzos por acercarse a los latinos. Quienes mejor representan este elemento del republicanismo son los miembros del Lincoln Project.

Dominantes y recesivos

Los genes dominantes y recesivos del Partido Demócrata son los opuestos del Partido Republicano. Aunque todavía predomina el neoliberalismo multicultural, entre sus filas también está presente una versión suavizada del neomercantilismo macho-nacional. En un reconocimiento parcial de las limitaciones de la «equidad» y tras las conmociones de los últimos

cuatro años, hay quien ha intentado soldar al proyecto un determinado tipo de nacionalismo económico neokeynesiano. Así, en un reciente artículo publicado en *Foreign Policy* Jennifer Harris y Jake Sullivan – ambos altos funcionarios del Departamento de Estado durante la era Obama y Sullivan próximo consejero de Seguridad de Biden– abogan por una nueva política industrial y mayor gasto en infraestructuras para hacer frente al desafío de China. Ruy Teixeira, coautor de *The Emerging Democratic Majority* (2002), escribiendo para la nueva web conservadora *American Compass*, ha pedido a los Demócratas que rechacen «la política de identidad militante, el catastrofismo climático, la fobia al crecimiento y el tecnopesimismo» en pro de un mejor modelo de capitalismo y de «una economía que proporcione abundancia para todos»¹⁸.

Las palabras de Teixeira son obviamente una reacción fóbica ante uno de los acontecimientos más esperanzadores en la política estadounidense de la última década: la aparición de una lógica democrático-socialista dentro (y fuera) del Partido Demócrata. Como fuerza política, no es despreciable: la organización Democratic Socialists of América (DSA) tiene alrededor de setenta y cinco mil miembros, mientras que la carrera de Bernie Sanders hacia la nominación recogió alrededor de 10 millones de votos. La militancia del DSA está formada principalmente por «*millennials* con movilidad descendente»: el 60 por 100 tiene un master, un doctorado o un título universitario, mientras que solo el 3 por 100 realiza trabajos manuales¹⁹. La carrera de Sanders en 2016 fue muy competitiva entre los trabajadores blancos, mientras que en 2020 tuvo mucho más éxito entre los trabajadores latinos de California y Nevada, derrotando a Biden en ambos estados²⁰.

No obstante, su apoyo fundamental se encuentra entre los profesionales precarios o de bajo nivel con licenciatura pero sin títulos de posgrado. En 2020 el mayor grupo de contribuyentes a su campaña fueron los

¹⁸ Jennifer Harris y Jake Sullivan, «America Needs a New Economic Philosophy. Foreign Policy Experts Can Help», *Foreign Policy*, 7 de febrero de 2020; Ruy Teixeira, «Party Foul: The Five Deadly Sins of the Left», *American Compass*, 13 de octubre de 2020.

¹⁹ John Judis, *The Socialist Awakening*, Nueva York, 2020, pp. 75-76.

²⁰ Compárese el trabajo de Angela Nagle y Michael Tracey, «First as Tragedy, Then as Farce: The Collapse of the Sanders Campaign and the “Fusionist” Left», *American Affairs*, vol. 4, núm. 2, verano de 2020, p. 132, que hace hincapié en el fracaso de Sanders entre los trabajadores blancos, con el de Matt Karp, «Bernie Sanders’s Five-Year War», *Jacobin*, 28 de agosto de 2020, que acentúa su éxito entre la población latina.

ingenieros de *software*. ¿Cuál es la lógica política del socialismo democrático de Sanders y del DSA? Sus ideas clave incluyen la fiscalidad progresiva, el gasto en infraestructuras públicas, un plan nacional de seguros sanitarios y el aumento de los servicios públicos. Este es un proyecto más sustancial que la simple «equidad», ya que pretende abordar la propia desigualdad. Sin embargo, resulta llamativo que también sea un proyecto redistributivo: Sanders pide insistentemente una «masiva redistribución material, financiada por los beneficios empresariales»²¹. El principal problema es que ello ofrece un socialismo democrático basado en las relaciones sociales de un capitalismo industrial extremadamente rentable, algo que en el mejor de los casos pertenece a la memoria lejana del país. Lo que se necesita es un socialismo apropiado para el naciente régimen del capitalismo político. Cómo se concretaría esto es algo que no es fácil de decir.

Elementos comunes

Las lógicas políticas dominantes, aunque sean diferentes, también tienen importantes características comunes que reflejan los principales intereses de las gigantescas corporaciones bancarias y no financieras, que apoyan a ambas coaliciones. Ello se manifiesta en el apoyo de ambos partidos a una agenda macroeconómica de transferencias políticamente mediadas: legislación tributaria y reguladora, provisión de la Fed de dinero superbarato para que el sector financiero pueda efectuar una vigorosa política crediticia, rescate público de corporaciones clave sin imponer condiciones, etcétera. Y aunque las dos principales lógicas políticas tienen prioridades diferentes en cuanto a la política exterior – el neoliberalismo multicultural favorece una versión del denominado internacionalismo wilsoniano rodeado de una aureola de fomento de la democracia, mientras que el neomercantilismo macho-nacional de Trump ha liderado la bronca versión del «realismo» de «*América first*»– en la práctica sus estrategias imperiales tienen mucho en común. Un análisis adecuado del legado del gobierno de Trump, tanto en el país como en el exterior, tendrá que dejar de lado los histerismos que lo han rodeado –generados no solo por el propio presidente, sino también por los congresistas del Partido Demócrata encabezados por Pelosi– para analizar su verdadera sustancia.

²¹ M. Karp, «Bernie Sanders's Five-Year War», cit.

Las incursiones iniciales de Trump en la política exterior parecían indicar una posición aislacionista, un anatema para los profesionales de la política del imperio, que rompía con el marco básico de alianzas que habían facilitado el liderazgo mundial de Estados Unidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial²². Trump rompió el Trans-Pacific Partnership, el acuerdo comercial concebido en clave antichina, con los aliados del Pacífico, mientras redoblabla una guerra arancelaria con Pekín, abrazaba a Kim Jong-un y abandonaba el acuerdo sobre el programa nuclear iraní (Joint Comprehensive Plan of Action). Incluso jugó con la idea de salirse de la OTAN. Pero paulatinamente ha surgido una línea más convencional, al mismo tiempo que el consenso sobre política exterior coincidía en lo fundamental con la visión de China elaborada por el gobierno de Trump. Como señalan dos antiguos funcionarios del Departamento de Estado, «la competencia entre las grandes potencias justifica la reconstrucción desde cero de la política exterior estadounidense». La idea detrás de este cambio es «no ser ciegamente belicoso», sino conservar el que ha sido durante mucho tiempo «el objetivo central de la política exterior de Estados Unidos»: proteger a los aliados de «las interferencias de hegemonías regionales dominantes»²³.

Aquí, la premisa subyacente es desde luego la continua intervención de la potencia hegemónica global. El próximo gobierno de Biden no discutirá esto en absoluto. Como señalaba Biden y su equipo en su manifiesto de enero de 2020 «Why America must lead again» publicado en *Foreign Affairs*, las prioridades son: en primer lugar, asegurar que China no se convierte en una potencia global; en segundo, abandonar los equivocados intentos de transformación en Oriente Próximo, mientras se aseguran los intereses geopolíticos clave de Estados Unidos en la región y se aprovechan las presiones de Trump sobre Irán para alcanzar un acuerdo nuclear todavía más duro, y, finalmente, reestablecer buenas relaciones con los aliados de la OTAN para conseguir del mejor modo posible su apoyo de los dos puntos anteriores. La democracia se valorará como cuestión principios –es «la fuente de nuestro poder», como dice Biden–, pero en la práctica se aplicará selectivamente²⁴.

²² Andrew Bacevich, «Saving “America First”: What Responsible Nationalism Looks Like», *Foreign Affairs*, vol. 96, núm. 5, 2017.

²³ Elbridge Colby y A. Wess Mitchell, «The Age of Great Power Competition: How the Trump Administration Refashioned American Strategy», *Foreign Affairs*, vol. 99, núm. 1, 2020.

²⁴ Joseph Biden, «Why America Must Lead Again», *Foreign Affairs*, vol. 99, núm. 2, 2020.

En el ámbito doméstico, los «logros» de los años de gobierno de Trump pueden agruparse en tres categorías. En primer lugar, las medidas que, como sucede con la política china, están siendo depuradas de sus aspectos más «trumpianos», si bien son esencialmente conservadas. Las normas más rígidas sobre inmigración entran en esta categoría: entre 2016 y 2019, la inmigración a Estados Unidos se ha reducido a la mitad debido, al menos en parte, a las políticas extremadamente represivas aplicadas en la frontera sur. Aunque algunas de las medidas macho-nacionalistas más agresivas, como la extraordinariamente cruel política de separación de los niños de sus padres migrantes puesta en marcha por Jefferson Sessions, han sido revocadas por los tribunales, los funcionarios de Biden parecen dispuestos a conservar muchas de esas restricciones. En la segunda categoría entran políticas como la reducción de la presión fiscal sobre las empresas y los nombramientos para el Tribunal Supremo, asuntos en los que la agenda de Trump coincide con las habituales prioridades del Partido Republicano. Estas políticas han sido supervisadas en gran parte por Mitch McConnell, líder de la mayoría republicana en el Senado. Aquí no ha habido ninguna iconoclastia. Aunque los muchos cargos nombrados por Trump –más de cincuenta jueces de tribunales de apelación, así como tres miembros del Tribunal Supremo– han sido muy conservadores, lo más probable es que estos se hayan graduado en alguna Facultad de Derecho de alguna universidad de alto rango, a diferencia de los nombrados por sus predecesores republicanos²⁵. Si ello resulta ser una victoria pírrica, ahora que el Partido Demócrata discute abiertamente abordar la reforma judicial para situar a sus propios candidatos, dependerá del balance final de fuerzas en el Senado.

Por último, la respuesta de Trump a la pandemia de la COVID-19 pertenece a una categoría propia. La fuga de personal en su equipo de seguridad nacional permitió que John Bolton pudiera tomar la decisión unilateral de dismantelar la oficina existente en el Consejo de Seguridad Nacional para dar respuesta a las pandemias, agencia que podía haber servido como un primer sistema de alarma contra el virus²⁶. Una vez que el virus empezó a propagarse, la respuesta de la Casa Blanca fue de temeraria ineptitud. Mientras que unos pocos países del este de Asia han logrado controlar el virus en bajos niveles de modo sostenido, sigue

²⁵ Rebecca Ruiz, Robert Gebeloff, Steve Eder y Ben Protess, «A Conservative Agenda Unleashed on the Federal Courts», *The New York Times*, 14 de marzo de 2020.

²⁶ David Sanger *et al.*, «Before Virus Outbreak, a Cascade of Warnings Went Unheeded», *The New York Times*, 19 de marzo de 2020.

destacando el hecho de que Estados Unidos no haya aplanado en ningún momento la curva de muertes e infecciones. Sus puntos álgidos se han alcanzado a partir de lo que ya eran niveles asombrosamente altos. El resultado probable será llegar a cerca del medio millón de muertes.

En este contexto, el elemento desconcertante de las elecciones de 2020 es la masiva participación republicana, la cual ha creado dos olas simétricas que han chocado entre sí. Este elevado nivel de movilización política se entiende mejor si se tiene en cuenta la fusión directa de la economía y la política, que caracteriza a la actual coyuntura estadounidense. Precisamente el carácter de suma cero de la economía es lo que proporciona al escenario político su peculiar intensidad. En cuanto al futuro del neomercantilismo macho-nacional, lo más probable es que continúe teniendo un considerable apoyo entre las elites y las masas. Claramente, las industrias extractivas y de combustibles fósiles, así como las industrias contaminantes, se resistirán con uñas y dientes a cualquier intento serio de descarbonizar la economía del país; además, la demonización de la «clase trabajadora blanca» por parte del neoliberalismo multicultural continuará proporcionando el apoyo de un importante segmento de la población a los diversos tipos de «luchadores por la libertad». Para las elecciones de 2024 Tucker Carlson parece una posible alternativa.

Gran parte de los comentarios poselectorales han condenado la campaña de Biden por no haber conseguido recuperar el Congreso. Desde la izquierda hay quien sugiere que una línea socialdemócrata dotada de una orientación de clase hubiera tenido mayor éxito. Resulta dudoso. Biden obtuvo más votos que cualquier candidato presidencial en la historia en el contexto de una participación llamativamente elevada: el 66 por 100 de los votantes inscritos, casi seis puntos por encima de las anteriores elecciones. En muchos estados, la participación superó el 70 por 100. Decisivamente, Biden también abrió un nuevo camino a la Casa Blanca a través de los estados sureños de Georgia y Arizona. El Partido Demócrata, en resumen, cosechó un éxito histórico a la hora de movilizar a sus votantes. Desde 1932, solamente cuatro presidentes candidatos a la reelección han perdido la Casa Blanca: Hoover, Carter, George H. W. Bush y ahora Donald Trump. Es cierto que en comparación con estas derrotas, la victoria de Biden fue ajustada –probablemente apenas por encima del 4 por 100 del voto popular cuando se conozcan los resultados finales– comparada con los diecisiete puntos porcentuales obtenidos por Frank Delano Roosevelt en 1932, los diez cosechados por Reagan en 1980 y los seis logrados por Clinton en 1992.

Biden también parece haber superado sustancialmente a Trump en la carrera por el dinero. Se gastaron más de 10 millardos de dólares en las campañas a la presidencia y a la Cámara de Representantes. A mediados de octubre, Biden había recaudado la asombrosa cifra de 938 millones de dólares, de los cuales el 62 por 100 procedía de «grandes» donantes individuales que aportaban más de 200 dólares. En cambio, Trump recaudó «solo» 596 millones, de los cuales el 55 por 100 provenía de grandes donantes. Biden también abrumó a Trump en el Comité de Acción Política y en los recursos procedentes del llamado «dinero opaco», alcanzando los 696 millones de dólares frente a los 353 millones logrados por Trump. Sumando estas cifras, la campaña de Biden costó 22 dólares por voto, mientras que la campaña más eficiente de Trump costó aproximadamente 14. Tras despejar el camino a la Casa Blanca, los riesgos políticos son elevados. Todavía hay que medir la profundidad de la recesión a escala tanto interna como mundial. Un gobierno de Biden caracterizado por la debilidad e incapaz de enfrentarse al virus y al caos económico que ha causado, no tardará en recordar a los votantes las razones por las que algunos optaron en primer lugar por la antigua estrella de los *reality shows* televisivos.